

VIII. LA LEYENDA DE LA SÁBANA SANTA

43. La Sábana Santa/1

El cardenal Anastasio Ballestrero, arzobispo de Turín, aseguró en la rueda de prensa del 13 de octubre de 1988 que el hecho de que la tela de la Sábana Santa se remontase a la Edad Media no le planteaba ningún problema de orden teológico ni pastoral. Dijo que la Iglesia tiene otras preocupaciones muy distintas y más graves que las vinculadas a las «reliquias». Asimismo afirmó que si consultara dicho tema con sus colegas obispos, los monseñores le dirían que le sobraba el tiempo.

Aprovecha la ocasión para bromear diciendo que, pese a todo, la prueba de que el Sudario hace «milagros» es que los análisis no le han costado nada a la Iglesia ya que han sido realizados gratuitamente por tres laboratorios internacionales. Sí, pero sin olvidar que, por el tono despectivo de alguno de estos científicos, habrían pagado el trabajo de su propio bolsillo con tal de obtener unos resultados que corroborasen sus propias convicciones de agnósticos o protestantes horrorizados por las «supersticiones papistas». Otro dato destacable es que en el extranjero las entrevistas no son gratuitas como en nuestro país, sino que se retribuyen generosamente. Además del habitual afán de protagonismo y el vanidoso deseo de ver el nombre de uno en la prensa, también hay que añadir la codicia al vergonzoso comportamiento de esos profesores que los ingenuos turineses tomaron por caballeros cuando en realidad se han comportado como vulgares trapicheadores de la indiscreción más rentable, actitud que hasta el benigno arzobispo ha destacado con amargura en su comunicado oficial. Eran suizos, ingleses y americanos, para que tomen nota los masoquistas que siempre están dispuestos a decir que «algunas cosas sólo pasan en Italia».

El cardenal Ballestrero me permitirá que diga, con todo respeto y firmeza, que no estoy tan seguro de que las cosas sean tan sencillas, y que el «veredicto» presentado como «científico», y que él aceptó con tanta docilidad, no tenga consecuencias pastorales. Es cierto que la Iglesia no se

había comprometido sobre la autenticidad del Lienzo, que la fe no depende de este tema, que debería bastarnos con las Escrituras y el Magisterio y demás obviedades por el estilo. En lo que a mí respecta, muchos me reprocharon no haber citado la Sábana Santa en *Ipotesi su Gesù* («Hipótesis sobre Jesucristo») como principio de credibilidad de la fe. El caso es que para mí su valor era, como mucho, alimentar una certidumbre ya adquirida. Y aún así... podría hacerse un razonamiento semejante para el caso de Lourdes. De nada serviría recordar la teología o el simple catecismo o decir «no hay problema» si un día hubiese que demostrar que santa Bernadette no era una mitómana y los hechos acaecidos en la cueva la afortunada invención de un grupo de comerciantes.

Hace diez años vi con mis propios ojos aquellas colas kilométricas a pleno sol, tres millones de peregrinos que aguantaban todas las molestias con tal de desfilarse delante del Lienzo expuesto en la catedral turinesa, la propia sede de Ballestrero. He visto ese Semblante en mis viajes alrededor del mundo, tanto en las barracas como en los edificios religiosos. Y en lo que a mí concierne, es de las pocas imágenes que se hallan en el solitario estudio milanés donde suelo escribir.

Si me observo a mí mismo, cristiano de a pie, si pienso en la cantidad de personas como yo, no logro compartir el tono demasiado ligeramente desmitificador del arzobispo, que además es el «custodio» oficial del Santo Sudario. Es cierto que es un «icono», como repite continuamente Ballestrero, quien ahora revela que siempre la ha considerado bajo esa única forma. Pero, como diría Claudel, también es una «presencia». Una imagen, sí, pero con la esperanza de que fuera una ventana abierta al misterio, que ese Semblante fuese uno de esos signos de los que estamos necesitados en nuestra indigencia. No hay que rezar *al* Sudario sino *gracias* a él, esperando que un día podremos ver alzarse esos párpados: «Creo en Ti, Señor, pero ¡ayuda a dominar mi incredulidad con señales como ésta!»

De todos modos, me esfuerzo en ser amigo de esa verdad que libera, pero no oculto mi malestar. Sé que detrás de un icono oriental está el monje que lo ha pintado. Pero ¿qué hay detrás de este «icono» que, como afirma alegremente el cardenal, debería seguir aceptando y venerando como si nada hubiera ocurrido?

¿Hay detrás una estafa simoníaca practicada por cínicos fabricantes orientales de reliquias que, partiendo del cadáver de un joven, extraen primero un molde en yeso, lo funden luego en bronce, después dejan que el simulacro adquiera color, obteniendo la imagen sobre una sábana para retocarla al final con sangre humana? ¿Acaso no será —sospecha escalofriante— la prueba de un delito? Es decir, un pobre hombre martirizado a propósito según los datos proporcionados por los Evangelios para luego manipular el cuerpo, siempre con el fin de obtener una falsificación

lucrativa. ¿Y si fuese una reliquia encargada y fabricada como *instrumentum regni*, para dar un prestigio blasfemo a una familia ilustre?

Son preguntas que ahora vuelven a surgir como una pesadilla, incluso después de estas sospechosas pruebas con el radiocarbono. Preguntas que estos días me han preocupado a mí y a tantos otros crédulos como yo. Confieso que al principio recordé las palabras de Riccardo da San Vittore: «Señor, si el nuestro ha sido un error, ¿no has sido tú quien nos ha engañado?» ¿Tú, que en los últimos noventa años has permitido que una cantidad impresionante de indicios «científicos» se acumularan sobre aquella tela, haciendo cada vez más plausible la creencia y llevándonos casi de modo inevitable a caer en el error? Si cada vez resulta más difícil creer, ¿por qué esta trampa, más insidiosa si cabe con las ciencias modernas? Apunta un grito no muy diferente al que lanzó un atormentado Pablo VI en los funerales por Aldo Moro: «¿Por qué, Señor?»

Pero ¿hemos de pedir cuentas a Cristo o a nosotros mismos? Una vez más, «desventurados» (*maledecti*, según la palabra bíblica) por «haber confiado en el hombre», en sus ciencias, en las investigaciones que nos engañaban hasta que ellas mismas nos han desengañado. La honestidad y la realidad nos imponen reflexionar muy seriamente sobre todo lo ocurrido. A pesar de la ostentosa y despreocupada serenidad eclesiástica, el escándalo afecta y afectará a muchos, especialmente a aquellos pocos a los que el Evangelio concede privilegios. Encogerse de hombros como si no pasara nada implicaría no querer recoger la «lección» o «advertencia» que (¿podría ser de otro modo?) Alguien ha querido darnos.

44. La Sábana Santa/2

Uno de los obispos más prestigiosos declara a un diario *liberal* y anticlerical en relación a los análisis sobre la Sábana Santa: «Los religiosos nos alegramos de los resultados aportados por la ciencia, a la que reconocemos el mérito de haber aclarado y purificado el asunto.» El «custodio» del Lienzo, el cardenal arzobispo de Turín, acepta «serenamente» los resultados de esa misma ciencia y, haciendo a propósito de ello algún chiste que a él le parece ingenioso, también confirma «serenamente» la devaluación de reliquia (la más importante de todas, si hubiese sido auténtica) a «icono» de oscuros orígenes pero, dice, igual de venerable.

En cuanto a los pobres laicos como nosotros, tal vez un tanto ingenuos pero no hasta el punto de arrodillarnos sin crítica ante la santa Madre Ciencia y su criatura, san Carbono 14, con sus locuaces sacerdotes oficiando en los templos de los laboratorios de datación radiológica de Tucson, Oxford y Zurich, nos cuesta persuadirnos de que no exista ningún

problema. Nos parece que archivar lo que ha ocurrido con la «serenidad» que tanto se nos recomienda sería como rechazar culpablemente la ocasión que Alguien nos da (pues ¿acaso desde una perspectiva de fe ocurre algo por azar? y más con un tema así...) de interrogarnos con valor y sinceridad, por más doloroso que resulte.

Después de siglos de veneración y, principalmente, tras noventa años de investigaciones interdisciplinares que han acumulado una impresionante cosecha de indicios de credibilidad, el problema que plantea el Santo Sudario es tan sencillo como terrible: o es la perturbadora «fotografía» del Dios que se encarnó para los cristianos en el Nazareno crucificado o es la estafa (o burla) más colosal de la historia. ¿Quizá es una propuesta intermedia la del arzobispo «custodio» de un «icono» que reproduciría el rostro de un desconocido y no el de Jesús, pero al que habría que venerar tranquilamente porque en cierto modo nos recuerda la Pasión del Salvador?

Ojo, advierte el profesor Pierluigi Baima Mollone, uno de los mejores estudiosos del tema. Ojo, porque si la datación nos remite a la Edad Media, entonces la hipótesis científica más probable es la de un delito atroz, ya que se habría martirizado a un pobre desgraciado para obtener una falsificación. De este modo, el Lienzo no sería un objeto de veneración sino un objeto criminal y simoníaco que debería exorcizarse. En resumen, es la misma ciencia la que parece afirmar: *Aut Deus aut Diabolus, tertium non datur*. O es la luz del misterioso instante que precede a la Resurrección o son las tinieblas de un nido de maleantes (puede que incluso de asesinos) en un Oriente medieval en el que pululaban los falsarios.

Comparado con éste, resulta insignificante el chasco de las cabezas de Modigliani, fabricadas por unos jóvenes de Livorno con intención de burla. De cualquier modo, cuando se descubrió la broma nadie pensó en una «vía intermedia», es decir, que eran esculturas falsas que debían exponerse en un museo y seguir admirándose porque de alguna manera recordaban a aquel gran artista; las habían realizado por diversión pero en cierta forma seguían siendo «iconos» de Modigliani... Entonces, si detrás de esas piedras se hallaban muchachos juerguistas, ¿quién está detrás del Sudario, en el caso de que sea verdaderamente medieval?

La honradez impone constatar que no es tan fácil librarse del problema religioso diciendo que nunca existió una declaración de autenticidad por parte de la Iglesia. Sí, pero sólo en las últimas décadas del siglo XV y las primeras del siglo XVI, los papas concedieron catorce indulgencias como respuesta a otras tantas peticiones de los Saboya. Un duque de esta estirpe, Amadeo IX, proclamado beato por la Iglesia, hizo construir para el Sudario la *Sainte Chapelle* de Chambéry. Julio II, con la bula del 25 de abril de 1506, instituyó la «Misa de la Sábana Santa», aprobó el Oficio canónico y estableció la fecha anual de las fiestas litúrgicas, que desde entonces, incluido este año, siempre se celebran el 4

de mayo. Sus sucesores, León X y Sixto V, ampliaron aún más las concesiones del Rito. Y como la liturgia es decisiva para la fe (*lex orandi, lex credendi...*), decisiones de este tipo crean problemas no sólo «devocionales» sino, al parecer, teológicos. Recordemos, entre otros, a san Carlos Borromeo, quien atravesó los Alpes a pie para venerar la Sábana y fue uno de los que motivaron su traslado a Turín; o a los papas del siglo XX, todos «comprometidos» de alguna manera, desde Pío XI («desde luego que no es obra del hombre») a Pablo VI, que aprobó primero la presentación televisiva de 1973 y luego, calurosamente, la de 1978, con un mensaje emocionado sobre lo que denominó «el misterio de esta sorprendente y misteriosa reliquia». Y quien esto escribe vio, junto a millones de peregrinos a menudo guiados por sus obispos, la devoción ante el relicario expuesto en la catedral turinesa del entonces reciente cardenal arzobispo de Cracovia, Karol Wojtyła.

Podríamos continuar largo y tendido en la demostración de que, aun en ausencia de una declaración oficial, desde hace siglos la Iglesia, empezando por los simples creyentes y acabando por los sumos pontífices, no consideró el Sudario un simple «icono» que hay que dejar de cuestionar, según pretendía el arzobispo, limitándose a ver en él un recuerdo de la Pasión que como mucho ayudaría en la meditación, a semejanza de cualquier imagen sacra surgida de las manos de un artista. Además, el propio cardenal Ballestrero, uno de los más insignes cultivadores de las gloriosas tradiciones de la orden de los carmelitas a la que pertenece, no olvida —o eso esperamos— a aquella hermana de su orden que con apenas quince años consiguió entrar en el Carmelo de Lisieux, aquella muchachita que tomó como nombre de religiosa el de «Teresa del Niño Jesús y *del Santo Semblante*», que para ella era precisamente el muy venerado *Saint Suaire* de Turín, si bien en aquella época todavía no se habían descubierto sus extraordinarias características. O, para dar otro ejemplo de entre los muchos posibles, quien conoce el ambiente de las misiones sabe que en el Tercer Mundo, tan receptivo a las «señales» de lo sagrado, se hacían y se siguen haciendo muchas catequesis basándose en la imagen del Sudario. «¡Es el Señor!» (Juan 21, 7), decían a los indígenas los misioneros, animados por superiores, obispos y científicos. Y ahora ¿qué?

El problema de la veracidad de aquella Sábana es un «asunto serio», con repercusiones gravísimas que aunque teóricamente no implican a la fe, en la práctica la rozan peligrosamente. Siempre dispuestos a exigir sinceridad y honradez de los «demás», ¿vamos a echarnos atrás encogiéndonos de hombros cuando nos toca a nosotros demostrar esas virtudes? Es un deber no archivar el *affaire*, porque esperamos volver sobre él para intentar extraer alguna reflexión de cuanto ha sucedido. Y no es en modo alguno un hecho marginal, como de folclore para incautos, sino que incumbe a toda nuestra forma de contemplar lo sagrado.

45. La Sábana Santa/3

Durante dos «entregas» hemos intentado demostrar la seriedad del desafío que planteaba la sospecha de que, partiendo de los análisis «científicos» de datación, el Santo Sudario sea una falsificación medieval. La reacción inmediata de los lectores nos confirma que no somos los únicos en querer reflexionar hasta el final sobre todo lo ocurrido.

Intentemos, entonces, abandonar el punto de vista de un «cientificismo» decimonónico planteándonos interrogantes desde una perspectiva religiosa que, al final, puede revelarse como la más «científica» posible.

En efecto, mientras que el no creyente debe excluir numerosos elementos, el creyente es alguien que *a priori* no excluye nada. Nada: ni siquiera la hipótesis del engaño diabólico. ¿Acaso existe algún vestigio de que en el origen de esta presunta «falsificación» sindónica no subyace una intención de lucro o de mofa sino una trampa de aquel que es «padre de la mentira» (Jn. 8, 44)? Uno de los que se han hecho esta pregunta es Kenneth E. Stevenson, ingeniero, que no visionario, portavoz oficial de los cuarenta científicos norteamericanos que en 1978 sometieron el Lienzo a los análisis más sofisticados para acabar rindiéndose frente a este «objeto imposible» y abrirse a su misterio. (Tampoco estaría mal revisar el libro *Verdetto sulla Sindone* [«Veredicto sobre el Santo Sudario»] del mismo Stevenson, editado por Queriniana y aún a la venta.)

Pero «misterio» puede significar Dios o diablo. El científico americano muestra su experiencia de escéptico que al final se ve obligado a acoger a ese Jesús cuyo amor le parece suficientemente confirmado por sus propios instrumentos tecnológicos: «Mi vida se transformó.» Así les sucedió a muchos otros, como al criminólogo de Zurich, Max Frei, que descubrió polen de Palestina sobre la prenda. Incluso Ballestrero afirma: «El Santo Sudario ha hecho muchos milagros y seguirá haciéndolos.» Unos milagros mucho más difíciles que los denominados «físicos», milagros de curación espiritual, de fe consolidada por la contemplación de aquel Semblante.

«Ahora bien, si Satanás bate a Satanás estará en desacuerdo consigo mismo, y, entonces, ¿cómo podrá sostenerse su reino?» (Mt. 12, 26). Uno de los rasgos de lo demoníaco es la asechanza de la fe, mientras que esta «señal» la ha ayudado, ha alimentado la contemplación de los santos y ha llegado a los corazones de un modo que sólo Dios conoce.

Si, además, *diabolos* etimológicamente significa «el que divide», numerosos protestantes y ortodoxos se unieron a los católicos para

reconocer al único Señor en aquella Huella, haciendo de ello un motivo de encuentro y no de desunión.

Y si la belleza es la huella de lo Divino, como enseña toda la Tradición, ¿puede ser un engaño de las tinieblas la «reliquia» para la que el muy beato padre Guarino Guarini ejecutó, dibujando de rodillas, una de las creaciones más excelsas del Barroco europeo, la maravillosa capilla que desde hace tres siglos domina el cielo de Turín?

Si no es el diablo el que nos ha engañado, ¿nos hemos engañado solos al tomar en serio estos signos tangibles en lugar de convertirnos a una fe «pura y dura», como la de los jansenistas o calvinistas que desdeñan cualquier tipo de ayuda? Entre otros, ha respondido don Giuseppe Ghiberti, uno de los mejores estudiosos italianos de la Biblia, que ha dedicado rigurosos estudios a la relación entre la Sábana Santa y el Nuevo Testamento y que ha confesado que la fecha en que se divulgaron los resultados de los análisis con el radio-carbono fue «un día penoso» para él. Ese riguroso exegeta, apreciado a escala internacional, ha recordado que «la fe no debe desencarnarse hasta el punto de impedir cualquier relación con los sentimientos humanos más profundos». Ghiberti añade que «no era cierto lo que se dijo en la fecha de la emisión de 1978, que un fenómeno como el del Sudario era impensable como puente material con el Cristo-hombre porque en la dimensión de la fe no hay lugar para hechos semejantes. La fe no le dice a Dios de qué instrumentos puede y debe valerse para ayudarnos en el camino que nos conduce hasta Él, sino que queda a disposición de los dones que Él quiera hacernos». No hemos sido los creyentes los que hemos buscado un Sudario, tampoco hemos programado su misteriosa aparición en Lirey en 1356, y mucho menos aún la foto de 1898 que puso en marcha el impresionante aluvión de investigaciones científicas.

Aunque, como ya señalábamos, estamos dispuestos a aceptar cualquier aspecto de la «lección», por duro que sea, no creemos que una de las consecuencias a extraer sea la de rechazar a priori todas las huellas tangibles de divinidad, que deben aceptarse con prudencia y gratitud como una posible contribución frente a la incredulidad que siempre nos acosa. La fe debe purificarse continuamente, es cierto, pero la propia lógica de la Encarnación parece advertirnos que no debemos desmaterializarla hasta llevarla al límite de lo inhumano con la soberbia de quien, «estando de pie», da gracias a Dios «porque no es como los demás» (Lc. 18, 11). El creyente que a priori rechaza escandalizado la posibilidad de un contacto con la materialidad del cristianismo, un mensaje de almas y cuerpos (cuerpos destinados a la vida eterna, en la carne), conocerá la amenaza del espiritualismo gnóstico que separa al credo del hombre.

¿Y entonces? Quizá debemos cuestionar la validez de los análisis, tal vez recordando la posibilidad nada remota de haber datado los hilos de uno

de los remiendos medievales, tan perfectos como para que sea imposible distinguirlos entre sí. O recordando cuando fue puesto a hervir en aceite como una especie de «juicio de Dios», los incendios, las demostraciones, el paño que se adhiere por detrás y que sin duda ha dejado sus huellas, tal como reconoció uno de los laboratorios que halló restos en la muestra. O recordando que fue uno y no tres el análisis efectuado, porque todos utilizaron el mismo método y los mismos equipos.

Probablemente, el problema es más complejo. Desde una perspectiva religiosa y también, como advertían algunos expertos, en nombre de una correcta concepción de la ciencia y sus límites, es una obligación resistirse al chantaje: «No aceptáis la prueba del C14 por miedo.» ¿Miedo de qué? Hablemos mejor de distinción de planos y competencias respecto a una Vida que, en el caso de que la Sábana Santa sea auténtica, invistió a aquella tela con su misteriosa fuerza y la hizo también misteriosa. Se trata de un misterio que por su naturaleza se mostrará siempre esquivo o hará perder el control a los instrumentos de factura humana más sofisticados. Lo veremos. Y si parecen excesivas más «entregas», estoy de acuerdo. Pero es culpa mía porque quizá no he conseguido todavía hacerles comprender qué es lo que aquí se está poniendo en juego.

46. La Sábana Santa/4

El arzobispo de Turín, «custodio» del Santo Sudario en nombre de la Santa Sede, ha vuelto a hablar por fin tras el silencio de la jerarquía de la Iglesia después de la conferencia de prensa del 13 de octubre, que numerosos observadores juzgaron demasiado apresurada, como si todo siguiese más o menos igual que antes.

Resulta excelente la iniciativa del cardenal Ballestrero de retomar un asunto que únicamente podría parecer «secundario» a aquellos religiosos encerrados en los asépticos laboratorios de una teología supérflua por la ausencia de contacto con el «pueblo de Dios», al que sin embargo no cesan de aludir. Los centenares de cartas, telegramas y llamadas de teléfono que recibimos nosotros los periodistas comparten sentimientos de agitación: desconcierto, desilusión, amargura, rechazo a entregarse sin condiciones a la «Ciencia», incluso resentimiento por el modo en que se ha llevado a cabo y luego presentado el asunto. Aun admitiendo que el problema no sea «teológico» (incluso si, como apuntábamos, seis siglos de devoción y de liturgia planteen serios interrogantes al respecto), sigue siendo un importante problema pastoral que los hombres de Iglesia no pueden ignorar.

Manteniendo, pues, la «franqueza», el «hablar claro» —la *parresía* del Nuevo Testamento en lengua griega— que actualmente hasta los

sínodos episcopales recomiendan a los laicos, consideramos un deber no ocultar nada. Nada. Ni siquiera el estado de ánimo que como periodistas (y, por tanto, intérpretes por oficio del humor popular) hemos advertido últimamente en el seno de esa «base de la Iglesia» a la que se dice querer tomar tan en serio como merece.

Es un estado de ánimo que puede empujar a un creyente, no precisamente lego en la materia, a escribir con amargura: «El Santo Lienzo fue custodiado y venerado religiosamente por los Saboya durante siglos y resulta que tan pronto llega a manos de los hombres de la Iglesia, por donación de la ilustre familia, se le hace pedazos y se le lanza a una irrespetuosa investigación a manos de extraños científicos que luego pregonan su falsedad.» Quien así se expresa es el mismo especialista (el archicatólico Romano Amerio, presidente emérito del Liceo cantonal de Lugano, reconocido internacionalmente por sus notables y acaso polémicos ensayos religiosos), que incluso llega a acusar a esos mismos «hombres de Iglesia» de «pecar contra la *virtud religiosa*, sin la menor consideración por el sentimiento del pueblo de Dios al que durante siglos mostraron la Sábana de Turín como una imagen impresionada directamente por el Santo Cuerpo del Señor, y no como un simple "icono", tal y como se pretende ahora». Más aún, según el mismo Amerio, «el pecado de los clérigos» sería nada menos que triple, incluyendo el de ir «contra la doctrina, otorgando a la ciencia una seguridad y exactitud que según el sistema católico no le competen». Y después, «el pecado contra la *prudencia*, por hacer dogma de la sentencia de tres peritos en lugar de proceder a nuevas pruebas, anulando de esta forma un siglo de estudios sindonológicos».

Son palabras duras que quizá estén dictadas por la comprensible conmoción del momento. Pero la *parresía* recomendada por la propia jerarquía obliga a reconocer que se trata de palabras que, aun llevándolos a un extremo inaceptable, expresan sentimientos realmente presentes en el seno del «pueblo de Dios», es decir, «signos de los tiempos» a los que deben enfrentarse los pastores de la Iglesia.

Volviendo a las declaraciones que el cardenal Ballestrero concedió en una entrevista al semanario de su diócesis, en ella dice: «Se ha dado crédito a la ciencia porque así lo ha pedido ella.» «Un gesto —añade— de coherencia cristiana.» Pero nunca hay nada sencillo, todo es siempre complicado. También el especialista inglés Christopher Derrick se remitía a la «coherencia», observando con el típico pragmatismo británico: «La ciencia y por tanto el C14 pueden considerarse exactos si damos por descontado que nunca tuvo lugar la Resurrección. Pero resultan menos creíbles si partimos de la hipótesis de que ésta haya podido tener lugar.»

En efecto, la ciencia sólo puede aplicarse a lo que es «repetible». Pero la Resurrección de Cristo es precisamente todo lo contrario. Como repite tres veces la carta a los Judíos es *ápax* por excelencia: algo que

sucedió «una vez y para siempre». La fe nos induce a «apostar» por aquella Realidad fundacional de la propia fe, pero no sabemos nada de ella, empezando por lo que en el plano físico pueda significar esa misteriosa irrupción de vida en la tela del sudario al ponerse en contacto con aquel Cuerpo.

¿Y si los resultados de los análisis no fueran, como dicen algunos, una advertencia para conceder menos importancia a las «reliquias» sino, por el contrario, una llamada a tomarlas *verdaderamente* en serio, respetando su misterio y no cediendo al chantaje de los científicos que quieren «demostrar» con esos instrumentos suyos, que en este caso podrían manifestarse impotentes? ¿Quizás se trata de un «no tiréis las perlas...» con lo que va detrás (Mt. 7, 6)? Paul Claudel: «"De Él salía una fuerza que sanaba a todos" (Lc. 6, 19). Ha sido esa fuerza la que ha estampado las prodigiosas huellas.» ¿Ha sido esa misma fuerza la que de algún modo también ha trastornado la tela, cegando a nuestras máquinas?

Después de quedar excluida desde hace años cualquier otra hipótesis (imposible la pintura o la teoría de los vapores) parece existir un acuerdo sobre el hecho de que esa imagen es como «una ligera quemadura» imposible de obtener con medios humanos. ¿Qué «fuego» produjo tal fenómeno en el misterio de un sepulcro del que salió un ruido «como el de un gran terremoto» (Mt. 28, 2)? La «ciencia» es adecuada para el sudario de una momia. Pero si es «auténtico», éste es el Lienzo del que salió vivo de nuevo el Único que «Dios resucitó» (Ac. 2, 32). El carbono es un producto del Sol, ¿qué sucede si hipotéticamente se le pone en contacto con el Hijo de Aquel que ha creado y mueve el Sol? ¿Cómo «ponerle fecha» nosotros si está escrito: «Para Él un día es como mil años y mil años son como un día (2 Pe. 3, 8)»?

No, el caso del Sudario ya no se reduce, como afirma el cardenal, a la conservación y restauración de un «icono» medieval de origen desconocido. La misma razón en la que se apoya la ciencia (que cuando es auténtica es consciente de sus límites), nos asegura que el caso no está cerrado de ninguna manera.

47. La Sábana Santa/5

Pascal advierte que lo que pertenece al «orden», a la dimensión de la fe, debe juzgarse con categorías adecuadas. Es decir, con categorías que también pertenezcan a la fe desde una perspectiva religiosa.

Para llegar a las verdades científicas utilizamos el intelecto, la razón, el método experimental; para las verdades religiosas esos instrumentos pueden ayudar y deben acompañar hasta un cierto punto del camino, pero no son decisivos. Para «probar» la fe se necesita aquella *scientia*

sanctorum, que nada tiene que ver con la *scientia* de los laboratorios, que es la mística, es decir «la experiencia concreta de la Divinidad», «el conocimiento verdadero y objetivo del Misterio», como si fuera por contacto directo. Las doctas dudas del «especialista» que se «vanagloria de su ciencia» (1 Cor. 8, 1) no pueden competir con el místico que «sabe» porque «ha visto» y «ha tocado». La mística es así la fuente de conocimiento más segura porque se basa en la experiencia objetiva, si bien misteriosa, de quien no precisa «apostar» por la fe ya que constata los hechos, es decir, se basa en la evidencia.

Por supuesto, como advertía Pablo, hay que actuar con prudencia, pues no todos los «místicos» lo son realmente. La Iglesia lo ha sabido siempre, mostrándose prudente incluso de modo exagerado.

Entre los místicos que parecen haber sido aprobados por el severo filtro eclesiástico, se halla Anna Caterina Emmerick, la humilde pastorcilla nacida en Westfalia en 1774, que fue rechazada por todos los monasterios y acogida después de padecer infinitas humillaciones entre las agustinas y que desde 1813 hasta su muerte en 1824 no abandonó el lecho. Emmerick mostró los estigmas y fue protagonista de impresionantes visiones que suscitaron desconfianza e incomprensión, tal vez por el modo incorrecto en que se recogieron. Por esta causa, así como por motivos políticos ligados a la situación alemana, pese a la veneración popular que siempre la rodeó, la causa de su beatificación no se puso en marcha hasta 1981. Mientras tanto, la Iglesia ya la ha declarado «sierva de Dios».

Gracias a la amabilidad de dos lectores, tengo sobre la mesa la cuarta edición de las visiones de Emmerick referidas a *La dolorosa Passione de N. S. Gesù Cristo* («La dolorosa Pasión de N. S. Jesucristo»), editada en Bérgamo el año 1946 con *imprimatur* del obispo monseñor Bernareggi y, anterior a éste, el del vicario general de la diócesis de Ratisbona en Baviera. Pues bien, en estas páginas, garantizadas por el «imprimase» de dos autoridades eclesiásticas, se dicen cosas sorprendentes sobre algo que Emmerick vio desde su lecho de estigmatizada, hace unos ciento setenta años. En efecto, se trata del Sudario.

Así se nos informa que la que se venera en Turín no sería la original sino una «huella» (una copia) obtenida por vía milagrosa mucho tiempo después, aplicando sobre la antigua prenda de lino otra nueva. Respecto al Sudario «auténtico», éstas son las palabras textuales de la vidente: «He visto el original, un poco estropeado y rasgado, que honran en algún lugar de Asia cristianos no católicos. He olvidado el nombre de la ciudad, situada en las cercanías de la patria de los tres reyes (los Magos).»

Siguiendo con las misteriosas visiones de la sierva de Dios (visiones que, por otro lado, muchas veces precedieron el descubrimiento de la moderna arqueología bíblica), se envolvió en vendas al Crucificado y, enfajado de este modo, se le tendió sobre una sábana. Devolvámosle la

palabra una vez más: «Un conmovedor milagro se operó entonces ante sus ojos. El cuerpo ultrasagrado de Jesús apareció con todas sus heridas reproducido sobre el sudario que lo envolvía con un color rojo oscuro, como si Jesús hubiese querido recompensar los cuidados y el amor que le dispensaban dejando su propia imagen a través de los velos que lo envolvían [...]. Su maravilla fue tan grande que abrieron la sábana y todavía fue mayor cuando vieron todas las vendas que enfajaban su cuerpo tan blancas como antes [...]. El lado de la sábana en el que se había acostado el cuerpo había recibido la marca del dorso del Redentor, mientras que el lado que le cubría recibió el de la parte delantera.»

Emmerick continúa diciendo que «vio muchas cosas relacionadas con la historia posterior de esta tela», como por ejemplo, que «se le honró en diversos lugares». Luego hace una precisión insólita: «Una vez fue causa de disputa y para poner fin a la misma se la lanzó al fuego.» Parece una mención a aquel «juicio de Dios» al que fue sometido realmente el Sudario, pero que la ignorante monja no podía conocer. También es un hecho sorprendente que sin haberse desplazado nunca de su región pudiera describir con exactitud el color de la imagen del sudario («rojo oscuro») y decir que éste reprodujo «todas sus heridas», dato que sólo ha podido plasmarse ochenta años después, con las primeras fotografías.

Éste es el pasaje desconcertante que ya habíamos mencionado: «Gracias a la plegaria de algún personaje santo se obtuvieron tres huellas, tanto de la parte posterior como de la anterior, con la simple aplicación de otra pieza de lino. Estas reproducciones, al recibir por contacto una consagración que la Iglesia quería concederles, han obrado grandes milagros.» Después siguen las frases ya referidas acerca de la suerte del original, oculto en Asia.

Y por último, sorpresa final, aparece de repente el nombre de Turín: «También he visto en estas visiones otras cosas referidas a Turín...» Esas «otras cosas» parecen aludir al hecho de que la mística se refería precisamente a aquella ciudad (que no había mencionado antes) al hablar de las prodigiosas «reproducciones».

El «testimonio» de la tal vez futura beata debe acogerse con reserva desde una perspectiva «religiosa» pero no puede rechazarse a priori porque, como ya recordábamos, sobre hechos semejantes el místico «sabe» más que el científico y porque en la Iglesia ya existe un precedente famoso en materia de «huellas»: el manto del indio mexicano sobre el que en el siglo XVI la Virgen estampó, también como un acto prodigioso, la imagen venerada por toda América latina. ¿Es Turín una Guadalupe? Una pregunta que sólo rechazará con disgusto sin tratar de reflexionar sobre ella quien haya perdido el respeto al Misterio.

48. La Sábana Santa/6

No cayó en el vacío (vistas las inmediatas reacciones de los lectores) el hecho de recordar a la sierva de Dios Anna Caterina Emmerick, la estigmatizada cuyo proceso de beatificación está en curso y que hace 170 años habría «visto» el Sudario original escondido en Asia y la sábana de Turín como una copia de las tres obtenidas «mucho tiempo después» (¿en la Edad Media?) mediante un prodigio. Igual de milagroso sería el origen de la Sábana primitiva, obtenida «por proyección» y no por contacto, si nos atenemos a las visiones de la mística, publicadas con las habituales advertencias de «fe sólo humana», si bien provista de dos *imprimatur* obispaes.

Resulta insólito que la ciencia sindonológica hable hoy día de una inexplicable «proyección» como la única génesis posible de las huellas. Y es igualmente insólito que la campesina iletrada «viese» con exactitud tanto el color de la imagen como los detalles que sólo iban a confirmarse en posteriores investigaciones de archivo, o también la *ordalía* o «juicio de Dios» pasado por fuego a que se sometió la reliquia.

Otros datos que confirman que no ha caído en el vacío los ofrecen la acumulación de cartas y también la prensa, que ha retomado claramente el tema. Recordábamos también que si estos prodigios estuvieran en el origen de la Sábana Santa, la Iglesia no ignoraría el detalle. La «reliquia medieval» de Turín sería asimilable a la *tilma* de Guadalupe, el mantón del pobre indio en el que la Virgen estampó su efigie y que tuvo una importancia decisiva en la evangelización de América latina y que aún hoy ve desfilar anualmente a millones de peregrinos arrodillados ante él. También se sabe que las investigaciones científicas a que se sometió la *tilma* acabaron con el diagnóstico de «objeto imposible». Además, el tejido vegetal con el que se fabricó el manto se deshace al cabo de pocos años, mientras que el de Guadalupe están tan fresco al cabo de casi cuatro siglos, dos de ellos pasados al aire libre, como si se hubiera hecho ayer, presentando unas cualidades misteriosas como la de rechazar el polvo. Se ha divulgado el dato de que el examen con microscopio electrónico está revelando cosas impresionantes, como sería la increíble «fotografía» que quedó impresionada sobre la pupila de la Virgen y que reproduce la escena circundante (el obispo y otros altos cargos) en el momento en que la imagen se formó repentinamente.

A la espera de que también en Guadalupe prevalezca algún anacrónico iluminismo científico carente de respeto al misterio y a los creyentes que no frecuentan los centros en los que se fragua una fe «adulta» (pero ¿no ordena el Evangelio «volverse como criaturas» para entender algo?); a la espera de los Rambo que se abren paso a golpes de C14 entre las «devociones hechiceras y supersticiosas»; a la espera de que también en

Guadalupe se deshagan apresuradamente de los numerosos y sólidos resultados de una investigación científica multidisciplinar, que ha durado casi un siglo, en nombre de otro dato «científico» tomado como un absoluto en sí mismo y que debería ridiculizar a todo el resto, a la espera, pues, de todo lo dicho intentemos extraer resultados provisionales de la reflexión sobre el *affaire* que tanto nos afecta, pues no es como para que se le archive «serenamente».

Una relectura de lo ya escrito hace que parezca innecesario cambiar lo que se dijo muchos meses antes de que se divulgara el resultado de los desconcertantes análisis, empezando con estas palabras: «Que no se ilusionen aquellos que están convencidos de que en otoño los resultados de las investigaciones con el radiocarbono "por fin nos dirán la verdad".» Recordábamos que la misteriosa estrategia del Dios bíblico era, como diría Pascal, «revelar y ocultar a la vez», «dar luz a la fe y oscuridad a la incredulidad»; en resumen, la salvaguarda de nuestra libertad, para que la fe sea «un don, una elección, una apuesta y no una entrega a la certidumbre humana». Decíamos que «si el Sudario está realmente ligado al misterio de Cristo, debe respetarse su lógica, hecha de ambigüedad y no de evidencias. El *Deus absconditus* que profetizaba Isaías y que se revela y oculta en Jesucristo no pretende acorralar a nadie ni quitarle al hombre el derecho a la duda».

Me decía a mí mismo que, realmente, aquel «claroscuro» que permite la apuesta por la fe quedaría protegido por las contradicciones respecto a las fechas. Yo esperaba tres resultados distintos e irreconciliables, nunca esperé un veredicto unívoco que confirmase la fecha «exacta», la del siglo I. Pero no había tenido en cuenta que eran tres laboratorios y que utilizaban el mismo método y tipo de instrumental. La contradicción que esperaba sólo por la sencilla lógica de la fe se ha puesto de manifiesto con el contraste insalvable entre diferentes disciplinas en el seno de la misma ciencia. Por un lado la ciencia que dice «Edad Media», por el otro la que dice «no es posible, si eso es cierto, el verdadero milagro se convierte en falsificación».

El método del radiocarbono pertenece a la ciencia, si bien con unas limitaciones que no parecen haberse tenido en cuenta, pero también es ciencia la «sindonología» (y además extraordinariamente multidisciplinar porque recurre a la física, la química, la botánica, la medicina, la arqueología, etc.), forjada a lo largo de noventa años no precisamente por legos y visionarios. Ahora, en lo que respecta al Sudario, quien desee «negar» dará prioridad a la ciencia del radiocarbono, mientras que quien desee «afirmar» se volverá hacia esa enorme masa de resultados científicos de otro género que contradicen aquel veredicto. Y así, como en todo lo que se refiere a Cristo, cada uno será llamado a hacer su elección, habiendo buenas razones (al menos aparentes) para unos y otros. Naturalmente, aquel

que quiera seguir «afirmando» no olvidará, como último consuelo para la opción escogida, todo lo que hemos intentado decir, empezando por el hecho de que si es «verdadero», aquella pieza de lino es un *unicum* en el que ha tenido lugar aquel acto único por excelencia que fue la Resurrección, con unos efectos sobre la materia que nos resultan totalmente desconocidos. Tampoco olvidará que desde el punto de vista de la fe, la «ciencia de los santos», es decir, la mística, es más fiable que la «ciencia de los científicos» cuyos instrumentos son ciegos e incluso desorientadores, si de verdad nos hallamos frente a un prodigio del «tipo» Emmerick o Guadalupe.

¿Qué esperábamos para esta Imagen? Que siguiera quedando a salvo el espacio de la *ambigüedad*, la dimensión del misterio que hace que la fe en el Dios de Jesús no sea la del Dios de Mahoma, para quien el incrédulo no tiene derecho de ciudadanía y es un loco porque niega la evidencia. Si bien de un modo imprevisible (como es natural: «Mis caminos no son los vuestros»), se ha respetado la espera, y el Misterio no sólo permanece intacto sino que se ha espesado, mostrando unas divergencias que ponen a la ciencia en contradicción consigo misma. Nuestro cometido es no cerrar el caso, prosiguiendo la investigación sindonológica y acumulando cada vez un mayor número de datos para espesar ese misterio que es garantía de libertad. Hay que poder decir «no» pero también «sí». Tanto en nombre de la fe como de la razón.

49. La Sábana Santa/7

La culpa, si es de alguien, no es toda nuestra. Son los lectores que, casi inundándonos con pruebas apasionadas, exigen que se vuelva a analizar aquel Enigma que se exhibe enrollado en un bastón y protegido por una triple cámara bajo la fascinante cúpula turinesa diseñada por el fraile matemático Guarino Guarini.

Ese «pueblo de Dios» que con toda justicia no se resigna, que se esfuerza en hallar una salida a la contradicción en la que parece haber caído la ciencia con sus resultados incompatibles (los del C14 y los acumulados en noventa años de sindonología), ese pueblo de creyentes que, como confirma nuestra abultada carpeta de correspondencia, parece «estar en todo».

Así, algunos insisten en que se preste atención a un aspecto hasta ahora poco considerado. Tampoco yo había reflexionado demasiado sobre el tema, aun siendo un lector interesado en todo lo que se escribe al respecto (a propósito: las Edizioni San Paolo ponen a la venta las Actas del IV Encuentro de Sindonología con el título *La Sindone. Indagini scientifiche* [«La Sábana Santa. Estudios científicos»]. Es un volumen al

que echar una ojeada para ratificar la riqueza de unos estudios que no pueden ser anulados por la existencia de un solo resultado discordante).

Después de los sospechosos resultados de la datación «medieval» efectuada por medio del radiocarbono, formulamos la pregunta principal: ¿es posible asegurar la existencia del Sudario antes de finales del siglo XIII o principios del XIV? Es sabido que muchos expertos consideran insuficientes los textos que nos han llegado hasta ahora. Pero los archivos de las Iglesias orientales todavía siguen casi inexplorados. ¿Por qué teniendo más de seiscientos ateneos, universidades e institutos universitarios católicos en el mundo, hasta ahora esta y todas las demás investigaciones sobre el Lienzo se han dejado en manos y a expensas de la iniciativa de «particulares» de buena voluntad? ¿Por qué no programar una serie sistemática de estudios de historia, arqueología y ciencias físicas?

Desde el momento en que hay algo más que documentos escritos, algunos investigadores se han adentrado por la senda del arte, documentando el hecho de que en Oriente, a partir del siglo IV, el rostro de Jesucristo se reproduce con las mismas facciones, como si hubieran sido calcadas, a menudo con una fidelidad impresionante, del rostro del Sudario. Es posible que en los primeros siglos Occidente reconociera una mayor autoridad a Oriente y se adecuara también a ese canon, representando un Jesús siempre lampiño, tal vez de cabello rizado, y no largo y liso, o con la barba y el bigote que nosotros damos ahora «por descontado». Pero ¿quién podría haber sugerido estas facciones si no un «prototipo»?

Éste es un dato bastante conocido, aunque no tanto como el hecho de que los antiguos Padres de Oriente (y solamente ellos u otros con quienes mantuvieron contacto) insistieran en que Jesús era cojo, casi renco. Se cree que se inspiraron en Isaías («no tiene presencia ni belleza», 53, 2) o en el salmista («pero yo soy gusano, no hombre», 21, 7). No obstante, en ningún pasaje de las Escrituras se dice que el Mesías cojease.

Y sin embargo esta convicción fue tan profunda que en el arte griego, e inmediatamente en todo el arte ruso y el del Oriente eslavo, se representó la cruz con un *suppedaneum*, un apoyo para los pies, inclinado como para un hombre con una pierna larga y otra corta. Y no sólo eso: con frecuencia se representa a ese hombre con la famosa «curva bizantina», es decir, con el cuerpo sometido a una torsión lateral, como sucedería con un renco. En la representación estilizada que sigue vigente hoy día, la cruz greco-eslava todavía conserva inclinado aquel sostén para los pies.

Se ha tratado de explicar este detalle con simbologías —por ejemplo, la balanza de la justicia como un signo del poder de Cristo que habría desplazado la madera—, pero se revelan tardías e insuficientes. Esto también se debe a que una investigación sobre los iconos más antiguos ha reparado en que a menudo María sostiene en brazos a un Jesús niño con las piernas y los pies deformes. En un monasterio se encontró una

conmovedora imagen de la Virgen, que contempla entristecida a su criatura, coja de nacimiento.

No existe ninguna explicación para las afirmaciones de aquellos padres y los usos del arte oriental. Ninguna, salvo que el Sudario procede del mismo Oriente. No uno de los muchos apócrifos sino *este* Sudario, el cual, si se mira por la parte posterior, nos muestra a un Jesús cojo, con la pierna derecha bastantes centímetros más larga que la izquierda. No sólo nos muestra a un hombre cojo sino desviado por la luxación de la cadera y la deformación del hombro agravada por el peso de la cruz. Los numerosos médicos que han estudiado la Sábana no guardan dudas al respecto: primero se clavó el pie derecho, el izquierdo fue retorcido clavándolo más arriba y de lado. Todo el eje del cuerpo quedó desequilibrado por los malos tratos. Cuando se descolgó el cadáver, el *rigor mortis* dejó las piernas deformadas, mientras que la cadera permaneció elevada y el hombro bajado. De este modo dejaron sobre la Sábana las huellas que llevaron a engaño a los orientales, quienes pensaron en malformaciones congénitas.

Es cierto que si el Sudario que nosotros conocemos es anterior a lo que indica el C14, durante siglos tuvo que llevar una vida semiclandestina. Primero, por la oposición de los judíos (en sus visiones, Emmerick habla en dos ocasiones de la «captura» de la prenda por los judíos); luego, por la lucha iconoclasta. Pasada ésta, por el temor a los robos (temor justificado si acabó en Europa gracias a una incursión de los cruzados). Ello no impidió una presencia subterránea, sino todo lo contrario, que parece manifestarse discreta pero tenazmente a lo largo de las páginas de los Padres, que presentan a Jesús como cojo y deforme, o en el arte de los iconos que, como es sabido, no se dejaban al arbitrio del monje pintor sino que respondían a rígidas prescripciones oficiales de la Iglesia.

Estos datos también deben servir para contrastar la hipótesis de la «falsificación medieval». Con esto y con todo lo que ha inducido a la revista *Civiltà Cattolica* a dedicar al Sudario este profundo verso de Eliot: «*All our knowledge bring us nearer to our ignorance*», todo nuestro saber nos acerca a nuestra ignorancia, abriéndonos así al misterio. De éste tal vez forme parte también el hecho de que, pese a todas las investigaciones, no se han hallado otras imágenes equiparables al Sudario. Con una sola excepción: en 1898 (justo el año de las primeras fotos turinesas del abogado Secondo Pia) moría el monje eremita libanés Sarbel Mekhluf. Los restos mortales permanecieron intactos y sin la rigidez habitual, y mantuvieron además una temperatura igual a la de un ser vivo, transpirando líquido hasta el punto que se le tenía que cambiar el hábito dos veces a la semana. Y esto siguió hasta que en 1950, al pasarle los comisarios encargados de su beatificación un amito por la cara, quedó impresionada en la prenda la única imagen conocida similar a la del Sudario. En diciembre de 1965, en presencia de todos los sacerdotes del Vaticano II, Pablo VI lo

beatificó: era el primer santo oriental desde el siglo XIII. ¿Qué significa esto? ¿Una casualidad? ¿Pero es que existen «casualidades» en esta dimensión?